

Intersexualidad

Por E. Armstrong

Por intersexualidad comprendemos a la amplia diversidad de condiciones que identifican una sexualidad diferente a la definición habitual de mujer u hombre, donde esperamos observar una concordancia entre las apariencias del cuerpo y las preferencias afectivas. No se trata de excepciones como tendemos a creer, algunos estudios en USA indican esta realidad como natural en algún grado, para el uno por ciento de la población. Ella es causa de mayores conflictos y dificultades para que la persona logre apreciar su identidad sexual, afectando tanto la relación de los aspectos de sintonía necesarios entre el propio cuerpo y las tendencias que se tienen, como en múltiples condiciones biológicas y químicas que pueden alterar lo que se perciba de sí mismo. En consecuencia, hablamos de diferencias naturales o involuntarias, sobre lo que nos permite interpretar lo que somos y deseamos, lo que afecta los parámetros o tendencias que nos determinan en nuestra relación con los demás, incluyendo lo afectivo.

No hay por qué sentirse avergonzado por la condición sexual que se tenga. No es un asunto voluntario y tampoco una falla, es un cambio inesperado que afecta los procesos naturales destinados a determinar el sexo o algún aspecto relacionado a este. La identificación de la persona con su cuerpo, sus órganos, su género sexual, sus preferencias, o cualquier característica que determinan las apariencias o la aceptación de si mismo o el comportamiento afectivo, es auténticamente una necesidad, no una opción. Las opciones establecen los cambios como resultado de la voluntad, a diferencia de las necesidades, las que establecen a los cambios como algo natural que nos puede predeterminar en muchos aspectos, por lo que exige ser identificado y reconocido, para luego poder llegar a aceptarnos. Aceptarnos no es un asunto superfluo, no es un asunto personal o individual como se le ha considerado generalmente por la ignorancia hacia quienes viven esta dura realidad; aceptarse es un asunto también comunitario, por lo

que exige la participación activa y sincera de quienes forman la comunidad mas cercana a los afectados.

Es importante aclarar que enfrentamos todas las situaciones donde nunca se trató de lo que se quiere o se desea, tampoco de valores, principios, ni asuntos de la religión. Se trata de asuntos humanos, naturales, ajenos a la voluntad de todos los involucrados, y los que pueden ser causa de grandes sufrimientos, obstáculos, desilusiones y frustraciones. Por esto mismo, la iglesia Católica dispone de materiales publicados hace decenas de años, donde expresamente señala que estas personas deben ser apoyadas y protegidas, como prioridad, para facilitarles sus vidas en la medida de lo posible. En otras palabras, quien puede ser pecador o estar cometiendo una grave falta hacia la felicidad propia y ajena, es quien se cree mas que el prójimo que sufre y le agrega obstáculos a su vida. Me refiero a este aspecto porque he escrito varios documentos publicados sobre la materia hace mas de 25 años para las redes católicas, pero persisten quienes se creen poseedores de verdades y morales que impostan a la Iglesia Católica con supuestos fundamentos falsos sobre los aspectos aludidos para la moral cristiana. Pero esta es simple y clara, es la misma para todos los seres humanos, de cualquier raza, edad, condición, o circunstancia, sin excepción. La moral cristiana es exactamente la misma para una lesbiana que para una mujer heterosexual, sin diferencia alguna. Los errores son tan monstruosos, que imputan normas inexistentes por ignorancia a la Iglesia Católica, por ejemplo, hay cartas episcopales dedicadas únicamente al tema de cómo los pastores deben abordar estos temas, escritas por J. Ratzinger antes de ser elegido papa, con auténticas maravillas que todos debiéramos leer, pero mi experiencia es que a pocos interesan; parece que el ser humano prefiriera saber menos para poder opinar mas, y de esta forma sentirse sin responsabilidad sobre las consecuencias de sus expresiones. Aclarado lo anterior, que para mi es importante, porque nada de lo que digo en este ensayo contradice la fe católica y si son líneas que se desprenden de su verdadera doctrina.

La imagen que uno tiene de si mismo es un aspecto vital del desarrollo intelectual, que afecta directamente las opciones de comportamiento afectivo con los demás. Es tan necesario aceptar la realidad como aceptarse en todos los aspectos que involucran la identidad.

La identidad sexual no es una preferencia, es una consecuencia genética y por lo tanto, una consecuencia natural. Pretender que alguna condición de vida es peor o mejor que otra, no tiene sentido alguno. Decir que la condición

sexual o el género obedecen a la voluntad de Dios tampoco tiene sentido, ya que Dios nos Ama a todos por igual, sin condiciones, sin preferencias y tal como somos. Dios aprecia la diversidad, pero lo que hagamos con lo que tenemos es otro asunto, el que está ligado a la voluntad personal y no a la condición genética. Según lo anterior, las expresiones de lo que somos o lo que creemos ser, son asuntos del albedrío y voluntad individual; necesitamos comprender que en este aspecto si somos todos iguales, por lo que valorar a una persona por su condición es tan brutal e irresponsable como hacerlo por sus habilidades o capacidades o por su aspecto natural. El valor de toda persona está dado por su condición de tal y no por sus logros o limitaciones, tampoco por su aspecto ni por lo que haga, tampoco por sus preferencias o pensamientos. Aclaremos este tema, ya que hay demasiadas personas que se creen superiores, elegidas, o poseedoras de créditos, los que según ellas mismas, las hacen dignas de méritos y derechos que otros no disponen; lo anterior es una falacia doctrinal sin base, la que ha causado demasiado daño. Nadie con el mínimo de conciencia o de conocimientos objetivos (verificables) puede pensar que posee mas méritos o que es superior a los demás, porque nadie vale mas ni menos que los demás. Somos todos iguales, vivimos y crecemos todos juntos, estamos destinados a formar parte de comunidades donde no existen privilegios excluyentes ni seres que se creen mas que otros. A modo de ejemplo, los ángeles son realmente mas humildes que los humanos, aún cuando ellos tienen facultades diferentes y superiores a las nuestras; su voluntad no es la de buscar reconocimientos en lo que hacen por los demás, sino servir al Amor que ellos reconocen como superior a todo lo que la existencia puede llegar a ver o disfrutar. En esta línea, quien es realmente mas lo muestra con el silencio de sus acciones consecuentes y desinteresadas, sin andar pregonando éxitos y logros, o necesitando de supuestos privilegios, ya que se reconocerá como servidor agradecido de lo que nunca fue su mérito y menos causa de alguna forma de orgullo.

Lo anterior plantea que la responsabilidad, especialmente en los aspectos de convivencia, como lo son las expresiones y manifestaciones de emociones en público, es extremadamente importante de cuidar. Pero esta responsabilidad no es para unos, si no que para todas las personas. Quien es diferente o se siente diferente, requiere aceptar también que no todos comprenderán su condición y realidad, por lo que hay situaciones naturales en las cuales, en público, hay quienes podrían interpretarlas erróneamente como un atropello a sus costumbres o una agresión a su cultura. No se trata de culpables, hablo de que para vivir en paz, siempre nos ayuda mas cuando buscamos evitar malos ratos que son innecesarios o tener que dar

explicaciones a quienes no estén realmente interesados en lo que se les diga. Parece que a nadie le interesa que otra persona le exprese lo que considera inapropiado o inadecuado, menos aún si esto fuera cierto. En la vida, es preferible ocuparse de las soluciones y no preocuparse tanto de las explicaciones que a pocos interesan. Evitar conflictos es un arte apreciado y una efectiva forma de convivir en paz, está al alcance de todos, pero exige ser practicado.

Es comprensible cargar heridas causadas injustamente por otros durante la vida, pero el sufrimiento injusto nos corroe como la tortura, cuando no hay justificación suficiente a la altura de los hechos cometidos. Por esto, al abordar este tema debemos considerar que las conductas traumáticas víctima-victimario causan desórdenes que afectan a las partes de muchas formas. Sus vidas, las de ambos, nunca serán igual que antes, o quedarán destruidas, o serán muy diferentes si logran superar y transformar las vivencias pasadas, para no quedarse en ellas como detenidos en el tiempo. Ocurre en ciertas ocasiones, que los hechos comienzan por manifestaciones o conductas públicas inapropiadas para alguien presente, causando reacciones desmedidas, pero pocos se dan cuenta que estas puede hacer padecer a otros ausentes, incluyendo a inocentes que posiblemente no mantienen relación con los hechos, pero que se les asocia a estos por filiación, adhesión o condición, pudiendo crear actos de cobardía infinitamente hirientes, injustos como desmedidos. La vida ordinaria transcurre en una comunidad donde no todos piensan igual, por lo cual la prudencia es indispensable para todos y en todo, ya que, quien se cree una excepción o diferente que puede permitirse actuar como desea, cuando lo desee o con quien desee, se arriesga innecesariamente y, al menos, a vivir malos ratos que serán completamente estériles.

Todos somos únicos, todos somos diferentes en muchos aspectos, por lo que quienes viven con una diferencia natural cuyas expresiones en público podrían ser causa de no ser comprendidas o aceptadas, debe considerar lo mas conveniente para su propio bienestar actuando con mayor prudencia. Tanto escándalo por manifestaciones en público que son mediáticas, mostrando comportamientos que, para muchos, no son los adecuados socialmente, especialmente cuando estas no ayudan a la formación infantil de familias que también mantienen sus diarias dificultades y que también se sienten diferentes, por lo que desean proteger lo que tienen ante lo que perciben como agresiones externas, es olvidar que no todas las personas reconocen el valor de ponerse en el lugar del otro. La receta que no debiera decir pero que no evitaré, es la siguiente: en público, es mejor comportarse

como los demás lo esperan; ya que, las diferencias pueden ser interpretadas como agresiones, y esto, con o sin causa, no ayuda a nadie, como tampoco facilita establecer la convivencia vinculante que todos esperan de los demás.

La diversidad es una riqueza que no siempre es suficientemente comprendida o apreciada, lo diferente puede despertar temores o no saberse como reaccionar, ocurre en todo orden de cosas o situaciones. Quienes nos sentimos diferentes necesitamos ser mas cautos y no creer que somos iguales en todo, o que interpretaremos o comprenderemos lo mismo. Es natural encontrarnos con las mas diversas reacciones posibles ante una misma situación, ocurre con gran frecuencia pero tendemos a olvidarlo. Insisto en el valor de recordar el valor de la prudencia, ella es un aporte para la vida de todo ser humano, sin excepción. A todos nos pasa igual.

Lo central en materias de diversidad sexual o de género, es recordar que no es una condición antinatural, ni inferior o superior a otras, y que tendemos a no considerar que las manifestaciones sexistas o escandalosas pueden reconocerse como una agresión para muchos, independientemente de la tendencia que se tenga. Si realmente no somos menos que los demás, es posible para todos esforzarse por ayudar a quien padece la incomprensión apoyando que se pierdan los temores, valorando un poco mas los medios que tienen a su disposición para evitar lo que, de alguna forma, pudiera despertar las desconfianzas o ser causa de resentimientos mutuos, sean estos justificados o no.

La violencia es una condición inherente a la naturaleza de la inseguridad humana, por lo mismo, ella siempre está dentro de nosotros, durmiendo con nuestras tendencias genéticas; las mismas que nos han permitido antes sobrevivir como especie, en las condiciones actuales, no pocas de ellas son causa de las mayores aberraciones y monstruosidades que vemos a diario. La violencia y las tendencias agresivas duermen en nosotros, esperando que las despertemos, para que sintiéndose liberadas y reconocidas, o sea, justificadas, puedan ellas liderar las peores expresiones de lo que podemos llegar a ser. La paz en cambio, es necesaria construirla; como también necesitamos construir nuestra felicidad. El Amor en cambio, lo tenemos pero no en nuestras tendencias ya que no se relaciona con la genética humana, pertenece al alma humana, al cuerpo espiritual de la persona, donde espera pacientemente por nosotros para que le abramos la puerta y, por nuestro intermedio, luego pueda hacerse presencia para otros; todo ocurre por medio de un proceso natural como resultado de la gracia compartida, la de Dios y la nuestra, en una visible muestra de la fuerza que permite expresar la

comunión de voluntades. Quien ama no necesita de nada mas, no necesita agredir, ni a la violencia, está en paz y lo tiene todo, obteniendo mayor paciencia, mas tolerancia, mas sabiduría, mas comprensión, mas alegrías, mas libertades e independencias, mas generosidad y compasión por quienes aún no comprenden quienes son, y, por, lo tanto, sus vidas transcurren menos expuestas a las desilusiones y frustraciones tan comunes. Pero nadie, y tampoco los que saben Amar, estarán libres de vivir ocasionalmente lo que nunca buscaron, nunca provocaron ni desearon; para el Amor, estos son sus mártires y su sangre es la prueba material del valor que le asigna quien sabe Amar, porque para esta persona, nada, ni siquiera su vida o padecimientos, justificaría dejar de Amar por evitar una amenaza o padecimiento.

El cerebro y el alma no tienen sexo, la genética humana si lo tiene. La cuestión es cuanto de lo ordenado por la genética nos afecta en las características sexuales, lo que es muy variable entre diversas personas, aunque ciertamente nos influye mucho en las apariencias, la bioquímica hormonal y, en consecuencia, en gran parte de como nos sentimos con nosotros mismos. Pero hay otro aspecto, el cual puede ser aún mas relevante para algunas personas afectadas por una de las múltiples caras de la intersexualidad, el cultural. La mente se influye fuertemente por este aspecto porque nos ayuda a percibir nuestro entorno, el cual determina el orden, la importancia, y como percibimos e interpretamos lo que nos rodea; incluyendo aspectos tan vitales como los afectos, la confianza, o el grado de aprecio que sentimos hacia nosotros por lo que somos o hacemos. Por ejemplo, sentimos vergüenza, temor, satisfacción, orgullo, etc. inducidos por factores mentales muy determinados por el sentido que les damos; y este, no se refiere a lo objetivo o a lo que nos condiciona, si no a como interpretamos lo que nos ocurre. En otras palabras, en este mundo somos en base a lo que percibimos de nosotros, pero en función de lo que dicta la cultura a la que pertenecemos. Sin embargo, la realidad objetiva no siempre es la que dictan los factores externos a la persona, o lo que reconocemos como tal cuando validamos lo que nos han dicho y aceptamos, pero que no evaluamos ni tampoco reflexionamos. Es vital para el ser humano considerar reducir las valoraciones basadas en prejuicios, muy injustos y errados a menudo, y terminar con la actitud de tolerancia que supone a personas superiores e inferiores, cuando es la vida misma la cual nos exige integrarnos y vernos iguales en ella, como seres vivos intentando ser cada uno lo mas persona posible.

Un transgénero por ejemplo, vale lo mismo que cualquier otra persona, y objetivamente se puede y debe esperar lo mismo que de muchas personas

heterosexuales o mas. La condición del ser humano no determina su valor como persona, ninguna. Desde que somos creados y formamos una integridad, desde ese instante original en que se unen partes y forman un todo, desde todo punto de vista, ya vivimos y somos una persona completa, iniciando un desarrollo que continuará por siempre, por toda la vida. Los derechos de todos los seres humanos vivos son iguales, y nadie tiene el derecho de condicionar a otros por sus preferencias individuales, ni pensar que la libertad de unos otorga el derecho de excluir o marginar a otros por su forma de pensar o de sentir.

La intersexualidad nos recuerda que lo masculino y lo femenino, como todas las condiciones entre ambas, no son lo esencial de esta vida. La persona está por sobre todas sus condiciones, incluyendo las sexuales. La persona no vale mas o menos por su identidad sexual, ni por lo hace o no hace, ni por el poder que se tiene o no se posea para influir sobre otra persona.

Todos pertenecemos a una hermandad que progresivamente necesitamos descubrir hasta llegar a apreciarla, ya que en ella es donde podremos ver nuestro reflejo y formarnos una idea masn realista y objetiva de la verdadera identidad individual. El asunto de la identidad es para todos fundamental y fuente de grandes dificultades, perturbaciones y angustias, porque nadie puede mentirse a si mismo, podemos reconocer lo que no somos pero nos cuesta lograr identificar lo que somos. Quizás esto ocurra porque lo que no somos podemos verlo en nuestro interior, no podemos ocultarlo ni ocultarlo de uno mismo, y nos perturba cuando no podemos equilibrar la conducta y comportamiento hacia los demás con lo que vemos dentro de nosotros, con lo mas valioso que reconocemos podríamos llegar a ser, porque lo vemos. Luego, actuar desafiando a los demás es causa de resentimientos hacia la propia persona que afectan notablemente la calidad de la convivencia, y, al mismo tiempo, es causa de resentimiento con uno mismo, ya que tenemos conciencia de estar actuando para despertar esas reacciones, y muchas veces lo hacemos por la rabia e impotencia de no sentirnos comprendidos por los demás, especialmente, por quienes se supone debieran comprendernos mejor. Sin embargo, comprender lo que nos ocurre no significa que sea conveniente ni que nos ayude a convivir mejor; es necesario reflexionar acerca de cómo cada persona cree que puede convivir de la mejor forma posible con quienes le rodean. La elección es personal, pero no excluye la realidad universal que demuestra que no estamos solos y que siempre parece mejor tomar en cuenta la mayor cantidad de factores posibles.

Buscar la autoestima es completamente natural, pero no necesariamente un camino hacia la autorrealización, pero en ocasiones, podría conducir hacia sentimientos de satisfacción como de orgullo. El problema de la autoestima es que sus bajos niveles son limitantes y los altos nos transforman para llegarnos a creer lo que no somos. El equilibrio, el punto aparentemente mas real, parec muy difícil de encontrar y aún mas de mantener, pero tanta dificultad podría tener una solución la cual es natural, pero contradice a muchos postulados actuales: no busquemos la autoestima, no busquemos auto realizarnos, y dediquemos esfuerzos a intentar reconocer la realidad, todo lo que tenemos y que poco apreciamos, lo que podemos hacer con lo que está hoy a nuestro alcance. Como lo es aprender a valorar el efecto de participar en lo otros requieren, o el valor del actuar con gratitud, o el enorme pago que significa saber de alguna forma, agradecer.

Nadie falta ni sobra en esta comunidad que llamamos humanidad, es nuestra familia y nuestro hogar. Todos tenemos mucho que dar a otros seres, y, mientras no lo aceptemos, difícilmente nos aceptaremos.

Quisiera insistir en que transexualidad o transgénero no es lo mismo que intersexualidad, las primeras se definen por quienes no se identifican con su sexo de nacimiento biológico, mientras que la intersexualidad es mas amplia e incluye a las anteriores. Lo mismo ocurre con la homosexualidad y el lesbianismo, que se refieren a la atracción sexual por los del mismo sexo, o las personas hemafroditas, o las que naturalmente ven cambiar su biología durante su crecimiento, etc. La lista es amplia y variada de situaciones que conforman condiciones naturales situadas entre lo masculino y femenino, ninguna de las cuales fue elegida por la persona que las vive.

Las extensiones de la ausencia de respeto para la convivencia y las relaciones humanas son múltiples e inimaginables, pero nos cuesta aceptarlo. La falta de respeto implica una falta de sentido en lo que se dice y hace, por lo tanto, sin aceptar límites ajenos no los habrá propios; y sin control, todo nos parece lícito y permitido, un derecho erróneamente sustentado en el libre albedrío, donde el otro no es considerado, ni de importancia; de ese modo todo se justifica, porque lo posible se considera permitido. Por este camino terminamos olvidando que es el abuso quien reina ante la ausencia de respeto, como la mentira reina ante la ausencia de justicia donde la verdad eterna y superior es una desconocida. La ausencia de respeto no reconoce la fragilidad humana, ni la ajena, ni la del mundo, porque no se la considera de interés; es abrir nuestra puerta al abuso y la corrupción, como medios para obtener y expresar nuestro poder.

La sexualidad es una condición natural y no una opción, lo que sería artificial. Es un tema que exige sea evaluado y atendido por profesionales, ya que lo central es poder determinar la condición natural de la persona, y no lo que una cambiante voluntad determina por creer en un momento que es de su conveniencia. La sexualidad es uno de los aspectos principales para que la persona adquiera su propia identidad ante sí misma y los demás, por lo tanto es un asunto de la naturaleza que exige sea respetada a plenitud. No es una herramienta que puede desecharse luego, no es una opción que luego podremos cambiar sin un costo mental enorme, no es un juego manipular los afectos como si fueran un negocio sin consecuencias, y, finalmente, la identidad no es un asunto menor, ya que representa a cómo los demás nos ven, predisponiendo sus actitudes; y a cómo la persona se ve a sí misma, predisponiendo sus sentimientos.

La vida es para aprender a reconocer quien somos y lo que podemos hacer con lo que tenemos; es para aprender el valor del Amor incondicional y para darnos cuenta de que somos iguales, en cuanto a que a todos nos pasó igual, aún cuando todos nos creemos diferentes de los demás. Al final, nos daremos cuenta del significado de ser hermanos y hermanas, entonces apreciaremos a los demás y realmente nos interesaremos por sus historias. Al final, aprenderemos que solo es posible reconocer quien somos en lo que reflejan nuestros actos sobre quienes tocamos. Somos, en la medida que nos reconocemos en nuestros actos. Somos, gracias a los demás y no por nuestros méritos. Finalmente, llegaremos a ser lo que podamos agradecer.

La maravilla de las diferencias, de los cambios y lo inesperado, es que hacen sentir que estamos rodeados de vida. Como frente a un paisaje que en acuerdo a su cambiante entorno y condiciones, va cambiando ante la vista y de ese modo, cada momento puede ofrecernos una nueva belleza. Pero hay bellezas de la vida que deben ser descubiertas, ya que dependen de la voluntad humana, y esto no es sencillo de aceptar cuando olvidamos la facultad de ponernos en el lugar del otro, de intentar comprender antes de aceptar un juicio. En estas materias, no se trata de tolerancia ni de compasión, se trata de humanidad y de buscar la objetividad por sobre los prejuicios que determinan consecuencias para otros, para así eludir sentirnos los afectados.

No podemos evitar o alterar muchas de las circunstancias que inevitablemente nos afectarán durante esta corta vida, pero es cuando no olvidamos que somos más que los acontecimientos y hechos que nos

ocurren, cuando reconocemos la infinita capacidad que tenemos de transformar lo que nos afecta en lo que realmente deseamos. Quien Ama sabe que el tiempo y la perseverancia pueden mas; que la no violencia puede lograr mas; que Dios no está allá ni esperando, ya que actúa en comunión desde el alma de quienes Aman; quien Ama es libre, porque sabe que su destino está en sus manos y no en las ajenas.

Vive como eres, Amando como puedes hacerlo solo tú, y el mundo será tuyo.

Notas: Ya que soy católico, quisiera referirme a la realidad descrita desde ese punto de vista. He escrito varios trabajos publicados sobre esta materia, desde puntos que vista tan variados como el natural, mental, teológico y doctrinal, y puedo asegurar una convergencia en los diagnósticos y posturas. Planteo lo anterior ante la frecuencia de brutalidades, que quisiera aclarar, porque la condición, estado o situación de causa de sufrimiento, nunca será la voluntad de Dios. Decir esto, aquí es mas una regla de fanáticos, las sectas actúan con la misma impunidad en todas las religiones, para ellas, buscando justificar lo injustificable o cualquier bien o mal, todo lo imputan a la voluntad de Dios.

Dios no está ocupado de nuestras condiciones, y si lo está de lo que hacemos con nuestras condiciones. Ninguna condición puede determinar a un ser humano, a ninguno, y toda persona es mucho mas que cualquiera de las circunstancias que vive. Cómo actuemos, como respondemos, es lo que finalmente nos hace limitarnos o crecer, la vida personal está en las manos de quien la vive. Pretender que los males y sufrimientos son pruebas divinas es maquiavélico, perverso, falso e infundado. Temer a Dios es una brutalidad, ya que a quien debemos temer es a nosotros mismos. En este sentido, vivir es no morir en el intento de vivir, y por esto, quisiera extender las líneas siguientes sobre el sentido de la vida y la muerte. Ojalá las disfrutes.

Si alguien te dice que debes cambiar, primero reflexiona y luego decide, quizás en aspectos sea verdad, pero en otros no lo sea. Satisfacer a otros a costo propio, puede ser una solución aparente en el corto plazo, cuyo precio debes pagar luego. Busca consejos profesionales entre buenas personas que sean capacitadas, tu vida no se trata de una lucha entre el bien y el mal, se trata de muchísimo mas que eso, y debes descubrirlo por ti mismo/a.

Al parecer, comprender la vida no parece posible sin comprender la muerte. Si vivir es el poder de darse cuenta, es en esta vida, donde podemos

observar en todo y en todos que cada día nacemos un poco y morimos un poco. Nacer es darse cuenta de lo nuevo que nos maravilla, y morir es reconocer las esperanzas e ilusiones perdidas.

Pero hoy a la muerte biológica la percibimos como amenaza y una tragedia, a un final sin retorno, una comunicación y lazos emocionales perdidos. Al menos para los cristianos, esta visión es tan errada como parcial, porque no se condice con la realidad objetiva y natural. La muerte no es perder la vida, es cambiar de vida. Es desnudarnos y desprendernos de lo que hemos creado pero que carece de importancia real al ser ajeno al auténtico ser.

Vivimos inmersos en ilusiones, en prejuicios, en apariencias que fomentamos intentando demostrar lo que pensamos y que podría darnos un valor adicional ante los demás. Vivir lo hemos convertido en la necesidad de interpretar un rol, donde somos un personaje mediante cuya representación pensamos que los demás nos verán de mejor forma para podernos sentir más integrados socialmente. Sin ser negativa, esta conducta tan humana con frecuencia causa el caer en excesos que se convierten luego en cargas, en tener que dedicar mucho de la vida a sostener lo que consideramos indispensable, cuando esto podría no serlo. En cierta forma, aparentando vivimos para llegar a creer que somos quien no somos. Esta carga es un obstáculo para desarrollar el ser que llevamos dentro, hasta que encontramos la muerte del cuerpo, en que al fin nos liberamos de nuestras máscaras para poder apreciar con objetivo optimismo quien somos y, en consecuencia, quienes son los demás.

La muerte es el optimismo que significan las esperanzas de la vida hechas realidad. Es alcanzar un estado de conciencia más amplio, que nos permite ver nuestro interior y el ajeno; por lo cual, es una invitación a convivir en una comunidad que no tiene muros entre sí, porque se puede ver y reconocer, entre quienes creen en el valor de compartirse para participar de lo que es su comunidad, la de todos.

Ahora, si la muerte es hermana del sufrimiento y la muerte es vida, ambas son hermanas de la felicidad. La muerte no es una pérdida, es un cambio natural de formas, es parte esencial de la vida que, para construir y crecer, exige aceptar la necesidad de desprendernos de lo que creímos nos daba valor, pero que significaba más una pesada carga que aportes. La muerte nos empuja a encontrar en esta vida a esas formas de comunicación que se encuentran disponibles en nuestro interior, las que no tienen límites porque son interdimensionales y atemporales, para llegar a comprender que todo es

un eterno presente que avanza en el tiempo, que vivimos en una comunidad dispuesta a participar y que se comparte con todos los demás. La muerte es la experiencia sanadora de vida, porque detrás de ella está nuestra liberación y acceder a mirar la vida desde otro punto de vista, donde todos estamos conectados. Lo importante, es intentar descubrir esta realidad en esta vida, en la propia vida, ya que se accede a ella desde el interior de nuestros pensamientos.

Y en cuanto a lo cotidiano, en el día a día no puede haber vida sin muerte, y no puede haber muerte sin vida; ambas son inseparables, ya que, como lo dijimos antes, crecer es nacer un poco y morir un poco, es ser un poco más consciente, es dejar parte de sí y aceptar lo que vemos necesario. Morir en lo cotidiano es no vivir en una realidad donde vivir es simplemente: Amar. Y como el Amor se lleva en el alma, morir de verdad es matar el alma. Pero si el alma es eterna, no puede morir, luego ¿qué es dejar morir el alma? No es dejar de existir ciertamente, es dejar de ser. De ser consciente de lo que se es, liberado de caretas, prejuicios y de la necesidad de aparentar lo que no se es. Por lo anterior, la verdadera muerte a la que debíamos temer, es a la pérdida de conciencia; a ese proceso gradual por el que se puede conducir el alma, causado por actos voluntarios consecuentes y libres, pero ausentes de Amor. El alimento del alma es uno: el Amor.

Es sano querer cambiar la actual percepción tan desgraciada de la muerte, porque esta conlleva a tal pesimismo que afecta nuestra forma de ver la vida. Nadie está predestinado, tal realidad contradeciría el sentido de la vida misma. Como ocurre en tantas vivencias humanas, si hasta la fe requiere de cambios, como podría serlo terminar de creer que su sentido es el de predicar para convencer y convertir, cuando, al menos para el cristiano, su fe representa la fuerza del valor conversar para poder compartir, actuando en consecuencia.

Pero tantas veces nos enfrentamos a quienes nos dicen ostentar una verdad, la cual por nuestro bien debíamos aceptar. La verdad es la puerta para la justicia, sin ella, ni el perdón ni la reconciliación será posible. La verdad establece las auténticas causas y motivos objetivos de aquello que se juzga, permite la comprensión mutua y, cuando la voluntad lo permite, nos encausa a buscar el reconocimiento mutuo a partir de aceptar lo que establece la verdad.

Para reconocer la verdad, parece indispensable ver con aceptación sus múltiples caras, los rostros de aquello que, de una u otra forma, construye lo

que ocurre. Las verdades humanas nunca tienen un solo rostro, por lo que no reconocer nuestra tendencia a la parcialidad para justificarnos, es una causa mayor de los desencuentros entre las personas, ideas y países.

El problema de la verdad ante la injusticia es la mente humana, que tiende a interpretar en base a prejuicios establecidos, los que nos inducen a negar o no aceptar parte de la realidad. Y sin verdad no puede haber encuentro ni reconciliación, por lo que ante tal realidad, parece que, por si solo, el ser humano no puede llegar a ver lo que podría justificar su cambio de actitud o de parecer. La respuesta a este drama para la humanidad y que explica tanta inhumanidad es aceptar que si no aceptamos el Amor, permanecemos como atados a un pasado que efectivamente es de muerte y dolor. Solo el Amor puede superarlo todo, ya que es en el reencuentro que logramos comprender al otro y la real importancia de construir entre todos, lo que, por otro lado, nuestro descuido puede tan fácilmente destruir.

La memoria es frágil, significa que la mente tiende a recortar los recuerdos, para darles un significado mas acorde con las expectativas y sueños, que con la realidad. Pero esto nos ocurre a todos, por lo que podría ser mas valioso buscar la compasión e intentar comprender al otro, ya que la interpretación personal estará habitualmente demasiado cargada de emociones y sentimientos que influyen los pensamientos.

Pretender cambiar los recuerdos de otra persona es como creer posible cambiar el pasado de otro ser. Muy probablemente será un esfuerzo estéril y sin sentido, ya que la vida en diversidad nos pide aceptar al otro tal como es, buscar lo que nos une antes que lo que separa, y reconocer el valor de integrarnos, no con ideas, sino colaborando mutuamente, participando, hasta que se logra ser dos personas mirando su mismo futuro, hasta que se miran, se reconocen en el otro y son uno.

No puede haber futuro sin pasado. Reconocer nuestro pasado y aceptarlo podría significar comprender que no siempre tendremos la capacidad o voluntad de interpretar rectamente nuestra memoria y menos a hechos pasados, ya que sus causas no siempre serán comprendidas o reconocidas. De ser así, humanamente necesitamos abrirnos a que siempre necesitaremos subordinarnos en todo, incluyendo someter la verdad personal o la necesidad de de ser mas justos, a lo que naturalmente reconocemos como superior: el Amor. Por esto, debiéramos considerar que el Amor se inicia donde terminan las justificaciones y se inicia la compasión.